

EL PRIMERO DE ABRIL
Y EL EJERCITO



TRES CRONICAS

Y UN DISCURSO

POR

HORACIO A. A. FEBLES



32601

BN
972.93053
F289p
L.3

B.M.
972.930
F289p
L.3

SIN PROLOGO

En mi calidad de periodista he relatado, desde 1930, acontecimientos trascendentales y sucesos de todo género, de esta época que abrillanta con su nombre el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, dignamente galardonado con el título de Benefactor de la Patria.

Con esa labor he querido contribuir honestamente a las necesidades de la historia; y como no es difícil comprobarlo, analizando los resultados, aprovecho éstas palabras, sencillas y honradas, para declarar que sólo me han guiado un espíritu de justicia y el principio de la verdad, pretensiones que apuntalan mis anhelos de cultura.

Ahi están, en diez años de labor, crónicas, discursos y conferencias, de las que no puede discutirse la verdad de una sola palabra, y que entrañan, aunque humildemente, fuentes muy claras en las que habrían de abrevarse para detalles de la personalidad de nuestro insigne conductor.

HORACIO A. A. FEBLES

Modesta y leal ha sido mi contribución, porque sencillamente he tenido el privilegio de cumplir un deber de gratitud y convicción, pero esta vez, enardecido como todos los dominicanos al contemplar el panorama histórico y patriótico desde la cumbre del éxito a que lo ha elevado el Benefactor de la Patria, he querido recopilar los trabajos que contiene este opúsculo como una demostración del patriótico regocijo que en mi ánimo estimula el imponderable ejemplo de mi insigne Jefe.

Ciudad Trujillo, Mayo del 1941.

TIERRA NUEVA, RESTAURACION Y EL BALUARTE.

“Corte un pino más alto.—Otro mensaje histórico.— Un aplauso consagrador que es voz del pueblo. La palabra glorificada.—El Himno en ambas filas.

(Por Horacio A. A. Febles)

“Corte un pino más alto para izar la bandera”, le dijo el Generalísimo una vez a un emocionado Teniente, en el histórico parage de Tierra Nueva, al borde de la Frontera. Y otra tarde, en Restauración, de nombre tan simbólico, en el extremo opuesto de la misma frontera, clarificada desde entonces, se honró el mismo pabellón, a la hora clásica del silencio militar, cuando una multitud asombrada que todavía hablaba en dos idiomas, admiraba estupefacta al Jefe del Estado que había caminado ocho días a lomo de cabalgaduras.

HORACIO A. A. FEBLES

Cuando se ha ido así, por etapas afanosas que ha aguijoneado el ideal patriótico empujando hacia una cúspide fulgurante el pabellón que se ha sabido honrar en los cuarteles y se ha retratado sereno, pero sin altiveces, en las aguas históricas del Potomac, hay derecho, hay fervor, para contemplarlo emocionado, con espíritu de limpio dominicanismo, como se contempló ayer tarde enarbolado en el Baluarte, que es la cúspide más alta, porque también fué su noble cuna, el glorioso pabellón que hoy adornan de estrellas las indiscutibles glorias del Generalísimo.

Debía ser en ese escenario glorioso, en el pasado y en el presente, que el Honorable Presidente Troncoso de la Concha, quien tiene años juveniles para el ardor del patriotismo frente al Congreso aclamador del insigne Benefactor de la Patria en la mañana del 24 de Septiembre, y serenidad de catedrático, serenidad vidente y responsable, en la tarde apacible en el cielo y tumultuosa en la Ciudad Cuna de América, escogiera para comunicar al pueblo alborazado y a los amigos agobiados de emoción, el transcendental mensaje del Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, avisando al Gobierno y al Pueblo Dominicanos, al amparo de la sombra amiga del Capitolio Washingtoniano, que había llegado a su culminación suprema, el patriótico empeño de la liberación total de la República, anhelo en que ha cifrado su más noble ambición de estadista.

El espectáculo, frente a esas piedras que son límites de todo pensamiento elevado, no pudo ser más grandio-

so. A los oídos del genial conductor de la patria nueva, debe haber llegado la onda vibratoria de tantos pechos enardecidos en tan extraordinario momento.

Hasta el tope de su asta, “el más alto de todos los pinos”, debía enarbolar el nuevo pabellón la vigorosa progenitora del ilustre varón que hizo temblar sus entrañas. Vigorosa, porque Doña Julia Molina Viuda Trujillo Valdez, viejo tronco que nunca se doblega, tuvo también años juveniles para la emocionante ceremonia, aunque su ternura de madre se asomara temblando en una perla de sus pupilas.

Es que la onda es impecable y sobre todo cuando la dualidad la intensifica; es porque en la sonrisa y en la lágrima de la ilustre matrona, se enviaban al hijo ausente, pero avizor en la distancia, el eco de su corazón de madre emocionada y el eco de la voz del pueblo, que es tan vidente como los más ilustres catedráticos.

Es que cuando ella y la dignísima consorte del Ilustre Benefactor, Doña María de los Angeles Martínez de Trujillo, otro regazo que ha temblado con impulsos de la misma genialidad, se reunieron a la respetable dama Doña Alicia Sánchez de Troncoso, que auna su apellido febrerista a los rejuvenecidos años del patriotismo responsable de su esposo, para recibir frente a las banderas de un regimiento los honores de su alta investidura, el pueblo, compacto, numeroso y uniforme a pesar de su heterogeneidad

de razas y de clases, el pueblo enardecido y jubiloso, se adelantó al simbolismo de las armas, las armas de la República, y con un aplauso atronador, prolongado, indescriptible, premió la presencia de las tres damas que representaban en aquel momento culminante, la historia, el presente glorioso y la magestad de la ley. Aplauso consagrador, que es voz del pueblo, significativo y espontáneo, en demostración de cómo ha captado el alma nacional la trascendental culminación de los anhelos patrióticos del Benefactor de la Patria. Qué haya llegado hasta sus oídos ese otro mensaje, impulsado por el batir de tres corazones que si han tenido ternuras de palomas han debido tener fuerza de águilas a la sombra del histórico Baluarte.

Para interpretar la compenetración del pueblo dominicano y el espíritu del Benefactor en este momento histórico, basta ese aplauso, definitivo y consagrador.

Debía seguir, como lo fué brillantemente, la exultación de la Bandera y de su Protector, por la autorizada palabra del Presidente del Senado, el Lic. Porfirio Herrera, ostentando la voz de las Cámaras, que es la voz de todos los ámbitos de la República, conmovidos en la hora sin precedentes, aunque esperada, pues el pueblo nunca ha perdido la fe que hoy siente tan robustecida.

Brillante página, la del Señor Presidente del Senado, brillante interpretación del sentimiento unánime de los do-

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

minicanos, muy propia para los anales que han de perpetuar las glorias de la presente República, ennoblecida por su Benefactor.

Qué extraordinario espectáculo desde las garitas del Baluarte! El panorama era indescriptible y emocionante, pues a la policromía de la multitud elegante y pintoresca, bulliciosa a veces y estupefacta otras, acicalada o presurosa, de compustura de salones o de movilidad de olas, multitud de Gascue y multitud de las alturas, pero toda dominicanista, aunque la salpicara el exotismo agradecido de colonias amigas, a esa policromía difícil de captar en toda su intensidad, sumaba el panorama desde la garita la fuerza del contraste entre la actualidad y los recuerdos.

Es que una vez, desde una de esas garitas, el valiente Cabo Millo, un audaz Ojeda de las guerras intestinas, disparaba sobre un bulto que se veía en una lejana esquina de San Carlos que años atrás había sido incendiado. A la certera puntería del viejo guerrillero respondía inamovible el bulto estoico, aunque el proyectil hiriera con sonoridad el lejano blanco que no era sino un viejo cañon empotrado en una esquina, vieja costumbre lugareña que hoy reposa con fuerza ilustrativa en los museos.

Y es que desde esa misma garita en la tarde memorable del 24 de Septiembre, la mirada se extendía desde la multitud policroma por encima de la arboleda orna-

mental entre la que se destacaba a lo lejos un obelisco como signo de devoción, una doble selva de palmeras en moderna simetría para honrar el nombre de George Washington y una mansión que fué asilo de la Receptoría y que hoy adorna la bandera insignia del Generalísimo.

El panorama no podía ser más evocador!

Y hacia la Basílica desfiló la multitud, espesa y jubilosa, detrás del Ejército en fiesta.

La famosa y ampliada calle El Conde fué cauce estrecho para el regocijo popular, mientras en los balcones, como desbordadas cestas de flores, la elegancia capitala regala las rosas de sus sonrisas.

Y mientras se cumplía el homenaje ritual en la Tumba de los Inmortales y en la tumba fresca todavía, a la que llegó también la dulce lágrima de la madre progenitora del Benefactor, en el atrio vetusto pero acogedor, la femenina tropa escolar cantaba el Himno Nacional que repetían los soldados en el tono mayor de su timbrada banda.

Así es el himno ahora, enseñanza en el surco escolar para la futura cosecha del patriotismo previsor, en el aula de Ciudad Trujillo y entre los pinos de Jimaní y en boca del soldado que porta un fusil por el que resbala

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

con frecuencia como aceite lubricador, la mirada del Generalísimo.

Ya si es verdad que la bandera está más alta, más alta, mucho más!

Ciudad Trujillo, Septiembre 25 de 1940.

HOMBRES, HOMBRES, MAS HOMBRES

Dos marchas de la Victoria. — El puente Ramfis y la Avenida George Washington. — Los canales de riego y el Canal de la Avenida. — El homenaje a dos banderas: Panamá. — Significado histórico.

(Por Horacio A. A. Febles)

Una vez, porque en esta década de Trujillo siempre hay un elemento de comparación, llenaron las mujeres de la República la fastuosa avenida George Washington, a tal extremo, que el continuo pasar, como si fuera el de una película fantástica, producía mareos, vértigos, sorde-
ra. Y pasaron, pasaron, mujeres, más mujeres, como en el tono de una inspiración de Ravel, inagotablemente, para dejar sentado un precedente invencible, si no en la belleza inimitable de lo femenino, al menos por el ritmo de esta incomparable Marcha de la Victoria.

Es que la Victoria se inició en los cielos, los cielos del patriotismo, que son los más elevados, y los cielos de la República, cuando el águila metálica posó sus alas majestuosas sobre las aguas mansas y siempre acogedoras del río de Macorís. Alas metálicas que con el ruido ensordecedor de los motores, echaron a volar las alas blancas de las palomas que libertaron agradecidas manos de mujer como un homenaje al perfecto Constructor de la Paz.

Fué allí en Macorís, siempre diáfano y disciplinado, y después aquí, en la Avenida Mella (que podrá ser Octava, Rio Branca ó 2 de Mayo) populosa, nutrida, compacta y sonriente, donde se inició, como un signo de éxito seguro, la primera Marcha de la Victoria. Y lo fué, porque lo espontáneo jamás será superado. Lo espontáneo en las ideas, en las palabras y en los hechos, tiene la virtud de la franqueza, que se señorea en la cúspide de todas las virtudes.

Hombres, hombres, más hombres! Que espectáculo! El provinciano y el extranjero que no habían visto de cerca y no habrían comprobado, quizás, lo que significa la Década del Benefactor, se han debido quedar ayer anonadados ante una verdad tan formidable como ésta de la unidad nacional, en ideas y en acción, que representan el nombre y la persona ilustres y gloriosos, de Rafael Leonidas Trujillo Molina.

La idea se queda corta para describir el espectáculo. Es que hay cosas que no se pueden decir, sino sentir.

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

La emoción es lo único que no tiene límites. Y solo en el rostro del paladín glorificado, buscamos ansiosos, porque lo formidable del suceso turbaba la observación, algún detalle que aclara el entendimiento para captar la esencia del acontecimiento que dominaba todos los sentidos. Pero un homenaje marcial a las banderas y una leve sonrisa, que es el mejor florecimiento de la serenidad, explicaron el complicado proceso psicológico. Sonreía el Benefactor ante la alegría de su pueblo, pero serenamente, pues los genios creadores de obras inmortales, no pueden traducir los grandes triunfos sino con una sonrisa que es un signo de constante anhelo de superación.

El pueblo dominicano aún puede esperar más!

* * *

Aún puede esperar más, porque la buena suerte, si la respaldan la convicción y la voluntad, casi siempre es inagotable.

Buena suerte! El pueblo dominicano se ha adueñado de la buena suerte de su Ilustre Jefe para apuntalar y robustecer su propia fe ciega en los destinos nacionales, mientras él los inspire y los conduzca.

Una vez, en la fastuosa inauguración del Puente Ramfis, anales permanentes de la década, después de ocho días de lluvias torrenciales parecía inminente un trastorno inevitable. Pero a una frase de fe que las crónicas recogieron para convertirla en orientación del pueblo des-

de entonces, siguió un día claro y magnífico, tanto como aquella inauguración sin precedentes que fué la cuna de todas las manifestaciones de este género.

Por eso no se movió ayer la representación total de la República frente a la amenaza de lluvia que se trocó en tarde plácida. Es la fe que no manca, la fe que se ha abrazado a la buena suerte del Jefe como si fueran un sólo elemento.

* * *

Qué difícil es describir el espectáculo! Hasta su brillantez sólo puede acercarse al comentario.

Pero el pueblo conoce el Yaque, el Mao y otros grandes torrentes que son los protectores de la fertilidad del suelo que tanto protege al Benefactor.

Torrentes de riqueza aprisionada que los siglos vedaron, pero que ha libertado la mano creadora del Generalísimo para que en canales de profusa ramificación, se extienda por los valles lo que él contempla desde la elevada altura de sus pensamientos.

Así ha pasado con las multitudes y la opinión nacionales. El genio del Benefactor las ha libertado y era menester un escenario, grandioso como el de la Avenida George Washington, que no fuera estrecho para éstas mul-

titudes de la época, que han crecido tanto como la opinión del pueblo en su devoción por el patriotismo de su Jefe.

* * *

Por eso, por la fe en su patriotismo, cuando se han rendido honores al pabellón extranjero que antes fué motivo de recelos y que ahora se ha enarbolado junto al nuestro frente a las armas de la República, el pueblo aplaude sin vacilación, dispuesto a seguir a su Jefe, sin temores de peligro, porque esa es su convicción.

Aquella bandera es ahora y seguirá siendo una bandera amiga, y para que los testigos notables que presenciaron el histórico acontecimiento lo proclamen desde la montaña de una verdad, ha sido ayer la República, la que ha premiado con un homenaje glorificador, para respaldar al Jefe Ilustre, la orientación definitiva que el Generalísimo acaba de perfilar para la Patria Nueva.

Somos la puerta de Panamá, ha significado el Benefactor en memorable discurso y en la Marcha de la Victoria la República repitió ayer, sonoramente, estas palabras de la responsabilidad que no vacila, porque las empapa de esencia divina la virtud de la espontaneidad.

Qué lastima que sea corta la palabra para describir de otro modo el sensacional acontecimiento...!

Octubre 21 de 1940.

CRONICA HISTORICA

Los escenarios indispensables en la evolución de la ciudad.—Una semana formidable: desde el Ayuntamiento más pequeño hasta el bronce del Conde.—Artillería, palomas y banderas.—El pueblo como testigos en vez de “testigos notables”.—Ya Trujillo no necesita estar presente; él encarna en valor filosófico.

(Por Horacio A. A. Febles)

El Parque Colón, en toda la historia de la intriga y la simulación, como en todo el proceso de los grandes acontecimientos de esta ciudad complicada y risueña, devota y profana, ha sido siempre el escenario de los acontecimientos capitolinos: o mejor dicho, desde un 2 de Diciembre luctuoso y una coronación inigualable, como en otros sucesos que resbalan pero se quedan temblorosos en

los picos de la pluma que la discreción controla, fué siempre el escenario predilecto y casi indispensable, de toda vibración de la vida nacional. Y decimos que fué, porque en la extraordinaria evolución de esta época del Generalísimo, toda ha cambiado, hasta ese escenario fastuoso e indispensable, pues mientras Santiago dormita frente al Centro de Recreo y Macorís añora grandezas en el cuadrilátero del Parque Duarte, aquí en la moderna Ciudad Trujillo, con un ropaje distinto al que le hizo llevar la indiferencia, se tiene el escenario del Parque Ramfis, el de la avenida que bautizó el pueblo con el nombre de su Conductor y el de estos muros vetustos que la mano milagrosa del Jefe trasladó ahora desde el famoso Baluarte hasta la Puerta de San Diego, para marcar otro jalón luminoso en este incesable afán de perfeccionar el patriotismo.

La fórmula ha sido muy sencilla: ha bastado trocar la simulación y la intriga por el resplandor irresistible de los hechos, que no necesitan sombras para escucharse, sino la altura de cualquier cumbre, como la de la verdad, para brillar por sí mismos.

Por eso, en este nuevo escenario de Ciudad Trujillo, en el puerto combatido por las olas y por el egoísmo, que ha vencido a las primeras y ha ahogado al otro, en este puerto que sin embargo ha resultado estrecho para la inauguración espontánea que le hizo un pueblo enardecido el día en que cruzó sus aguas por primera vez un trasatlántico, y estrecho también para contener las multitudes

que desde el año 38 se han apretujado allí en repetidas ocasiones para aplaudir y vitorear a su Benefactor, en este nuevo escenario que es guión histórico como la carretera de Copey, se ha realizado un acontecimiento que no tiene paralelo en esta época, sino en los lejanos días de la independencia, aquella forjada por el dolor de la esclavitud y ésta arrancada a la visión de la grandeza que debe coronar a la patria nueva.

Pero que no se diga, como se repite, que el Generalísimo ha colmado su obra. Ha llegado a un límite brillante, positivo e incomparable. Eso era una meta: la liberación total. Ahora se inicia otra: la del goce de esa realidad, apuntalándola, elevándola, ennobleciéndola, para que la nueva herencia patricia, como la que tiene su cuna en el Baluarte, sea un nuevo blasón de esta generación y de las venideras, orgullo de la raza y del pueblo que ha aprendido de nuevo, en la escuela de su Benefactor, a vivir con honor y sin cadenas.

Ya habíamos dicho lo que representaba la ausencia del Jefe en el exterior. Se temió primero, pero luego, al comprenderse que él representa no sólo ya la influencia de su personalidad, sino una ideología inquebrantable, el temor se convirtió en alegre inquietud por esperarle. Pero nunca como ahora.

El país, y especialmente la Capital, se encontraba dentro de una de esas fuertes vibraciones del régimen que con-

vencen hasta a los más empecinados. La representación total de las municipalidades, la célula original de este engranaje de la nueva nación, robustecida porque se hace en el tronco lo mismo que se hace en las ramas, esa representación jubilosa y consciente, vino a vivir a la Capital, en insospechada coincidencia, pero feliz y magnífica, cinco días de pura democracia, de alumbramientos espirituales trascendentales, de comprensión reproductiva, de acercamiento útil, como todo lo que se hace bajo el índice orientador del Jefe Supremo.

Ha sido una semana formidable, porque si esa representación enardecida se eslabonaba desde el Ayuntamiento de Jánico hasta el Consejo, acogedor y dinámico, se infiltró en la evocación histórica del 30 de Marzo para el amanecer de este Primero de Abril que tanto significa para el patriotismo.

El Jefe regresaba de una gran nación democrática, ebria de libertad y de grandeza, pero debe haberse sentido satisfecho, al auscultar a su pueblo en esta semana formidable que ha culminado con su regreso galardonado con el escudo en el brazo vigoroso, y encontrar ese pueblo erguido, vibrante, aclamador y sonreído para mostrale que había captado la trascendente realización que el Benefactor ha iluminado con los destellos de su genio y su patriótica perseverancia.

El espectáculo que el Benefactor ha visto al llegar debe haberle borrado las nostalgias que sufriera lejos de su patrio lar.

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

La quilla que hirió las aguas del Hudson y el Potomac en búsqueda de nuevos fulgores para las cinco estrellas de la gloria, no puede haber herido aguas más mansas que éstas del Ozama, cuando el sol tropical se posó otra vez sobre la frente del héroe que oía una aclamación popular y estruendosa, sin protocolos y sin acicates, la voz de aquel pueblo que inauguró el puerto sin programa y que arropó las orillas del Ozama para que él se sintiera legítimamente orgulloso del sentimiento nacional que había ido a defender.

En esta semana formidable, la gran nación ebria de libertad, no ha tenido más grandeza espiritual que la nueva República de Trujillo.

Para ese sentimiento nacional, auspiciado por la palabra, el ejemplo y la obra de su Benefactor, el fastuoso escenario del Primero de Abril no pudo ser mejor escogido.

Hasta la Puerta de San Diego, prolongación del viejo Alcázar, el tiempo iba empujando las aguas demoledoras. Pero el genio de Trujillo las detuvo y esas aguas disciplinadas, como las corrientes de la opinión pública, corren por cauce adecuado, el cauce del buen llegar. Lo que fué estrecho paraje para los carretoneros que se disputaban equipajes con el amenazante cuchillo a la cintura, es hoy elegante esplanada que recibe uniformada al

turismo y acicalada al viajero notable, destacándose al fondo el viejo Alcázar y extendiéndose en ambas direcciones, las avenidas por donde corría antes el agua sucia del río. En la parte superior del viejo portal, pétreo e histórico, una nueva asta, uno de esos pinos altos que el Jefe manda a escoger, parece que eleva a más altura, “mucho más”, el tope en que debe flamear la bandera.

Qué magnífico escenario en que se dieron un beso de luz en el pensamiento, de esa mañana gloriosa del Primero de Abril, los tímidos balbuceos de nuestro origen y la realidad formidable del presente.

Escoger ese escenario, en el mismo terreno del ejercicio de la mediatización, para celebrar oficialmente la iniciación del Tratado Trujillo-Hull, por el que se rescata la soberanía financiera de la República, representa la más perfecta asociación de ideas y hechos, porque el pueblo, aunque es siempre un fino auscultador, le gusta palpar las cosas.

Ahí, donde la bandera estuvo siempre izada a media asta, tiene ahora un pino más alto, cómo la de todos esos pinos que jalonan la frontera llenándola de puntos luminosos.

La mañana era espléndida, clara, de gran visibilidad. Nada escapaba a la mirada ni a las intenciones.

Cuando la gente no creía, por los años 32 y 33, en toda Revista Cívica y en toda inauguración hubo siempre



EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

una especial concurrencia que llamamos “testigos notables”, la que difundió por todo el país lo que veía y que el Jefe quería aprendiera. Hoy ya no son necesarios. El mejor testigo es el alborozo popular.

Pero en este Primero de Abril, los diplomáticos, todos los funcionarios y el pueblo enardecido, frente al Ejército que desplegaba sus banderas como en un alarde de alegría, las manos fueron una sola cuando el Honorable Presidente Troncoso anunció el fausto acontecimiento oficialmente y lleno de emoción pronunció el nombre de Trujillo para izar la bandera hasta el tope del asta que antes no tenía tan gallarda altura.

La artillería tronó jubilosa, como una vez en el Papayo, el Himno Nacional se escuchó con inigualable reverencia, de una almena del Alcázar, a la que tal vez se asomara el espíritu gentil de María de Toledo con una sonrisa de paz, se elevó revoloteando una bandada de palomas, las manos se enrojecieron aplaudiendo, el cielo azul lo tachonaron naves aéreas amistosas y una sola voz, la de millares de personas sublevadas de entusiasmo, vitoréó estentóreamente, con un solo ritmo: Trujillo!, Trujillo!, Trujillo!

La verdad y la gloria se dieron un abrazo dentro del marco de la realidad consumada.

El héroe no estaba presente y aunque parezca atrevi-

da la aseveración, a veces conviene, para desentrañar de las actitudes la realidad de los momentos.

El caso es el siguiente: por la tribuna exultatoria desfiló el intelecto más autorizado: el sereno, el fogoso, el escudriñado y el científico. La historia del momento, como en la Puerta del Conde, ha cosechado páginas brillantes, pero el pueblo que escuchó jubiloso y casi incontenible, interrumpía la oratoria para aclamar el nombre del Generalísimo. Es que ya no es solamente su persona la que cautiva por su influencia la admiración y el respecto de las multitudes. Es su nombre histórico, su obra, su guía. Su nombre no tiene solamente el significado del vocablo político, sino tiene el significado definitivo y perdurable de un valor filosófico. Significa acción, disciplina, verdad y patriotismo.

Esa es la orientación de su época.

Al Museo Nacional, para la posteridad, ha ido la pluma fuerte y ágil, con que el Benefactor estampó en Washington su nombre glorioso que ha dado brillo a este Primero de Abril de una semana formidable, pero al seno del Cuerpo Legislativo debe llegar la iniciativa de que la Puerta de San Diego, cuna de otra liberación, se convirtiera en Monumento Nacional, porque allí tiene tanta altura la bandera, como el bronce que en la Puerta del Conde exulta el nombre de Trujillo con la refulgencia de su eponimidad.

Abril 2 de 1941.

EL EJERCITO

Discurso pronunciado en el Teatro Olimpia, en el acto organizado por el Partido Dominicano, en conmemoración del undécimo aniversario de la elección del Ilustre Jefe Supremo.

Damas y correligionarios:

Suenan los tambores, las esquinas se colman de hombres y de niños, los balcones se engalanan de rostros femeninos, la actividad comercial se paraliza, el trabajo suspira, la frivolidad se detiene una vez, el criollo sonríe, el extranjero compara y piensa, la atención enmudece y todas las pupilas se dilatan cuando acompasado ritmo sobre el pavimento que nunca fué mejor, mueve el músculo juvenil y ambicioso que tiene por horizonte el pabellón del regimiento, y que deja, al pasar, un aplauso en las manos y un elevado pensamiento en la cabeza, que hicieron descubrir la convicción y el respecto. Es que el Ejér-

cito pasa y suenan los tambores y detrás de las filas ordenadas y marciales, se van los pensamientos de hombres y de niños, las miradas de admiración y de asombro y también una sonrisa que florece en un balcón como si fuera una rosa. Es que el Ejército pasa!

Esa es una escena corriente y frecuente. Para la mirada común nada tiene de extraño esa pincelada sobre el panorama actual y aunque la escena regocije y enardezca con la frecuencia de su reproducción y nada deduzca de ella la mirada común, a no ser una honda satisfacción, hay en ella, en esa escena frecuente pero significativa, una raíz profundísima que dá savia, por sí sola, a toda la estructura de esta época dominicana.

Por eso, y para proclamarlo sin audacia, pero con absoluto convencimiento, he escogido el tema del Ejército para la celebración de este aniversario del día feliz en que para consolidar la estabilidad de la República, el pueblo escogió para supremo dirigente al hombre genial que no defraudó sus esperanzas.

El tema se explica por sí sólo. Contrariamente a las épocas pretéritas en que la verdad se mixtificaba, ahora lo que impera es la verdad. Y la más grande, la más evidente y la más esplendorosa de las verdades de esta época, es el Ejército.

Y la razón también es muy sencilla, pero fuerte, puesto que nunca es más fuerte la razón que cuando se impone sin esfuerzos. Esa sencillez nace nada menos que de la

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

Carta Magna, porque la fuerza del Ejército es una fuerza constitucional.

Se explica, palmariamente, que no podía ser otra la extraordinaria visión de nuestro ilustre Jefe, en su múltiple personalidad de soldado y de estadista, para crear la formidable organización que es orgullo nacional, empinada su figura de héroe sobre las pesadillas que abri-llantan la disciplina y empinada sobre la antorcha que guía sus pasos: la Constitución de la República, que tuvo la misma cuna en la que se iluminó de augurios realizados su vida de adalid.

Por eso el tema del Ejército es un tema lleno de verdad esplendente y de verdad comprobada.

“Defender la independencia y la integridad de la Nación, mantener el orden público, la Constitución y las leyes”, es el mandato con que el Pacto Fundamental eleva al Ejército a categoría primordial entre las instituciones y pone sobre sus armas una responsabilidad inapreciable. Sin el Ejército, sin su función cabal, pero desde luego, consciente, no habría Estado, porque no habría integridad ni seguridad públicas.

Nuestra historia lo demuestra, porque solamente hubo el ejército creador de la independencia; y desde entonces, en un continuo bambolear, la soberanía se apagó dos veces totalmente y casi siempre nuestra vida nacional fué

precaria e incierta, en una casi constante desintegración. Y la historia demuestra que desde el día feliz que hoy conmemoramos, la integridad de la República se ha desarrollado en una curva ascendente, hasta el límite del bienestar y del progreso, y la soberanía, legítima y total, ha llegado a la culminación esplendorosa que es el mejor blasón de los dominicanos.

Quiero ser, como lo soy con orgullo, uno de esos dominicanos de hoy al empinarme sobre esta tribuna en el momento histórico que celebra enardecida toda la República.

Me he parado muchas veces en todas las esquinas, asombrado y contento, para descubrirme y aplaudir al pasar el Ejército; pero lo he visto al través de mi lente periodístico, en muchas etapas y en tan diversas actitudes, que se rompe en mi ánimo el equilibrio del fervor ciudadano y la discreción del funcionario, a tal extremo que se desploma todo mi entusiasmo sobre el primer lado de la balanza.

Es que al Ejército del Mogote y de Gurabo, rápido y exterminador de una seria amenaza que hubiera impedido lo que hoy usufructuamos, lo he visto después en Palenque, en los arenales de Mao y a las orillas del Yaque, en demostración gráfica y estridente, con la nota dura de las ametralladoras y la artillería, de la eficiencia que garantiza la paz y sabe responder al mandato del Pacto Fundamental.

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

En Europa, al empuje de la apocalipsis desencadenada y furiosa, se han desplomado reinos, imperios y repúblicas, pero en las nevadas cumbres de Finlandia y en las aguas que circundan la isla inmortal de Creta, dos ejércitos han dejado estampada, para la historia de la humanidad, la fuerza del principio que nuestra constitución consagra al mandar al Ejército la ennoblecedora guarda de la soberanía.

He visto a nuestro Ejército, limpio y marcial, sumando elementos de pompa a las grandes ocasiones de Ciudad Trujillo, pero le he visto en Pedernales, esquivo y alerta; le he visto en Yuma y en Macao, con ojos de marino y vibración hertziana; le he visto a la sombra de la verdosa colina de Capotillo después de resbalar sobre cuatro cascos de cabalgaduras a lo largo de una montaña empinada y fangosa, venciendo las horas de la tarde; le he visto burlarse de las aguas sucias del Yuna desbordado, y lo he visto encorvado, sobre el rastrillo y el azadón, dando lecciones de ejemplos al campesino que se convierte a veces en soldado y cuando vuelve al huerto, lo hace convertido en hombre útil, disciplinado y productor. Es que su Creador, el Ilustre Generalísimo, tiene siempre puesta su mirada sobre el ejército que desfila por la calle del Conde y el que se tuesta de sol en la Línea y se llena de espinas en el Bahoruco. Hombres ágiles y despiertos, aquí y allá, en todas partes, como aprendió a serlo y se ha mantenido, el valeroso soldado que a fuerza de serlo se ha convertido en inigualable paladín.

Así, detrás de ellos, a veces mascota, pero siempre leal, aumentó el periodista su admiración por los soldados. Pero hay otro lente, de penetración más ampliadora, para analizar al ejército: su obra y sus conquistas.

La obra del ejército comienza en su propia selección. Antaño, al desfilarse lo que se llamó ejército, quizás se producía una impresión de miedo ante un desconocido o desgarrado que sólo guiaba la función de la muerte o de la desertión; pero hoy, al desfilarse el ejército, cuando se colman los balcones de rostros femeninos, hay sonrisas que parecen flechas, pues la juventud gallarda que desfila proviene de la escuela y de la Universidad, del hogar respetable, del taller honrador y de la ambición individual que respalda a las filas como la meta de una carrera que enaltece. El ejército hoy es una clase, una casta, una fábrica de caracteres y de personalidades.

Sus armas están modernizadas y abarcan los límites, en su capacidad, de todas las organizaciones similares. Su infantería puede desfilarse por la Quinta Avenida, su artillería tiene el sonido de la que tronó en Verdún, su cuerpo montado se acerca a la pura sangre y competirá en lo futuro con chilenos y argentinos; y sus alas, alas de gloria dominicana, han cruzado triunfadoras por encima de los mares y por encima de los nevados Andes.

Sus ingenieros no son el carpintero provinciano y el albañil rutinario. Los cuarteles que en Ciudad Trujillo, San Cristóbal, Monte Cristi y otras muchas ciudades, cons-



EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

tituyen un ejemplo de ornato y de seguridad sanitaria, construcciones amplias, fuertes y vistosas, están reproducidas en pequeño desde Pedernales hasta Sabana de la Mar, pues la limpieza, el orden y la compostura no son un atributo de los grandes centros, sino forman parte de la psicología definitiva de nuestra fuerza armada. El soldado de la Fortaleza o el soldado de Los Guayos son iguales.

Esa preparación tiene su fuente en los centros de enseñanza, donde es vasto el programa práctico y el intelectual. Se enseña el manejo de las armas, pero se reconstruye también moralmente al individuo. Ese es el secreto de la casta. Por eso ese soldado es un elemento útil cuando la fila se extiende al huerto, cooperando con la agricultura, a los canales, nuevas venas de la riqueza inexplorada, a la construcción de caminos, a los talleres de mecánica y de transportación y hasta a los órganos de publicidad, portavoces de progreso y de cultura.

Y el soldado también se recrea y busca en la comprensión y en la asociación que robustecen al espíritu, la elevación cultural. Los deportes, el teatro, las conferencias y los conciertos, han llenado muchas veces la prensa vernácula de nota regocijante, y muy en breve, en un magnífico club de oficiales, la sonrisa que premia desde los balcones se convertirá en suaves arrullos de fiesta nupcial.

Y finalmente, con todo el énfasis que sea necesario, porque la función social, de auxilio y de mejoramiento, preocupa hoy intensamente a las naciones más adelanta-



das, es preciso hacer destacar la sobresaliente actuación social del Ejército que lo eleva por encima de su función constitucional, a institución de primer rango entre las que son responsables en esta época de la civilización que está alcanzando la República. Sus magníficos hospitales para el mejoramiento de la salubridad propia y extendida a largo alcance, llevan muy lejos de las fronteras nacionales el prestigio de la institución. Y cuando allí se realiza obra fecunda, bajo los auspicios de una donación generosa del Ilustre Benefactor, la función social del Ejército se extiende a la Cruz Roja, a contribuir a las campañas sanitarias entre la clase rural necesitada, inicia el ahorro, garantiza las pensiones y el retiro y estimula el mérito y el valor, otro cultivo tan esencial para la cohesión de las filas.

Es que el Ejército no es sólo una maquinaria de guerra, sino una gran escuela de provechosos frutos, como tiene que prodigarlos siempre su genial inspirador.

Desde esa relación, verdad escueta y absoluta, se eleva el pensamiento a los altos niveles de la seguridad y la estabilidad, porque el Generalísimo, al aquilatar las virtudes del joven hermano en cuyas manos ha depositado uno de los más ricos tesoros de su gloria, se adelanta, visionario como siempre, con estas famosas frases:

“Al frente de vuestro Comando efectivo está el General Héctor Bienvenido Trujillo, carne de mi carne y sangre de mi sangre. Entre vosotros y yo, él será siempre

EL PRIMERO DE ABRIL Y EL EJERCITO

un lazo de unión, un nexo indisoluble y palpitante por el cual vendrá hacia mí el ritmo de vuestra vida e irá hacia vosotros, en reciprocidad de afectos perdurables, la paternal solicitud de mi desvelo por vuestro bienestar y mi cariño inalterable!”

Frases tan hermosas y tan significativas como aquella de “que no hay peligro en seguirme”.

Mayo 16 del 1941.

